

Al desdén hacia el pensamiento bolivariano siguió la guerra con España

● Así, las relaciones de México con los pueblos de centro y sudamérica, y especialmente las llevadas con Guatemala, sufrieron un descenso, y el pensamiento bolivariano, que constituía el meollo de una doctrina de independencia y libertad defensivas, quedó archivado para los mexicanos; y este trato desdeñoso a la idea de Bolívar, del que fue responsable el senado de la república, no sólo tuvo repercusiones en Guatemala y los países ístmicos sino que pudo ser de consecuencias para la Nación, en horas que se presentarían amenazantes en el 1829.

Guatemala, como se ha dicho, sintió la repulsa de México hacia el trato de Panamá y con ello al mismo país hecho al través de su delegado Larrazábal, quien estrecha y cordialmente asociado al señor Gual, ilustre representante de Colombia, advirtió la frialdad del gobierno mexicano en la que respecta a sus relaciones con los pueblos centro y sudamericanos; y como el entendimiento México-guatemalteco estaba maltrecho tanto por la independencia de Guatemala como por la reincorporación de Chiapas a los límites geográficos que tuvieron pie en los días anteriores al 1810, las contingencias de la reunión de Tacubaya sirvieron de vehículos a nuevos desdóros en la conducta de países que podían ser ejemplo de cordialidad, ya por su común origen, ya por las vicisitudes de ambos, ya por la igualdad en su independentismo.

Cierto que los celos que existían entre México y Guatemala eran anteriores a la Independencia, puesto que se

debían a la ingrata tarea del Estado español, de prohibir el comercio entre los pueblos dominados en América⁵²¹, de manera que los guatemaltecos, no obstante ser correspondientes al virreinato de Nueva España, vivieron durante la Dominación como pueblo extraño al mexicano. Cierta también que mediante esa disposición de la Corona española, Guatemala construyó su propia burguesía, entre la cual sobresalían los señores Arrivillaga, Batres, Nájera, Asturias, Montúfar, Montenegro y Padilla. Cierta que como prolongación de aquella burguesía, de pura cepa española, estaban en otros países centroamericanos los Morejón, Gamero, Sacasa, Agüero, Montealegre y Arechavala⁵²².

Cierta que estas familias pretendían corresponder a una llamada *aristocracia*, enemiga de la república y por lo mismo del México republicano. Cierta que la naciente democracia mexicana no podía transigir con los sistemas discriminatorios que existían en el país centroamericano⁵²³. Cierta que tampoco podía admitir las ridículas supercherías que propagaba el clero de Guatemala para mantener la sumisión del mundo popular guatemalteco⁵²⁴. Cierta todo eso. Pero ello no podía ser el instrumento para la mengua de relaciones de razón y necesidad a las que estaban llamados por naturaleza México y Guatemala.

Hacia 1828 no existían entre las dos naciones agravios tan insondables que sirviesen al odio. Sin embargo, esos odios partían de la burguesía y aristocracia guatemaltecas, las que tuvieron más fuentes para acrecentarlos, hasta hacer que el alma popular se inficionase de ellos, como consecuencia de la ruptura del enlace bolivariano.

Llegaron también a acalorar tal clima manifiesto en los dos países vecinos, las complicaciones políticas que ocurrie-

⁵²¹ A. Gómez Carrillo, *Historia de la América Central, Guatemala*, 1897, t. iv, 260-261

⁵²² *Ibidem*, v, 144

⁵²³ *Ibidem*, v, 144 y ss.

⁵²⁴ L. de Montúfar, *Reseña Histórica*, Guatemala, 1878, t. i, 29 y ss.

ron en Guatemala enseguida del ensayo bolivariano hecho por el general don Francisco Morazán, individuo de ágil talento, hermosas disposiciones, caudillo liberal y hombre de sencillez democrática, aunque con gramos de mesiánico ⁵²⁵.

Disuelta en Centroamérica la unión de los Estados preconizada por Morazán, e iniciada una guerra desatinada e incomprensible entre Guatemala y El Salvador, México se colocó oficiosamente en un terreno de mediador sin declaración al respecto ⁵²⁶.

Ocupaba la secretaría del despacho de Relaciones don José María Bocanegra, individuo de cortas luces; pero laborioso, leal y sobre todo sin partido, aunque figuraba en la nómina democrática. No era el señor Bocanegra el más indicado para lidiar con una política internacional sobre la que pesaba el fracaso de los proyectos bolivarianos; tampoco el más competente para tratar con diplomáticos tan hábiles como los señores Gual y Larrazábal. Sin embargo como poseía una buena dosis de cautela hacía que los negocios extranjeros caminaran despacio y con técnica de interminable espera ⁵²⁷.

No se procedió con esa manera de ser tratándose del entendimiento con los guatemaltecos; porque si de un lado estaban los recelos de éstos, de otro lado prevalecía el criterio de considerar a la república centroamericana como pupila de México, olvidándose que ese Estado correspondía a una aristocracia de purísimo linaje hispano; y así, sin considerar los antecedentes que los gobernantes deben analizar y entregar al discernimiento, Bocanegra admitió en principio la intromisión mexicana en los negocios de la América Central, construyendo de esa manera una cortina de suspicacias de mucha, angustiosa e incalculada perennidad ⁵²⁸.

⁵²⁵ *Ibidem*

⁵²⁶ Bocanegra, *Memorias*, I, 523 y ss.

⁵²⁷ Cf. Bocanegra *supra*

⁵²⁸ *Ibidem*

En efecto, habiendo pedido el gobierno guatemalteco "la mediación de la república de México" para resolver "sus contiendas y disputas", no sólo en su orden interior, sino también las referentes a las rivalidades que existían con El Salvador ⁵²⁹, Bocanegra aceptó la intrusión, adelantándose a proponerla en forma de conocimiento diplomático, pero de indignidad doctrinal a la tercera potencia ⁵³⁰, llamando el secretario de Relaciones a esta política "interposición cordial y sincera de buenos oficios de amistad" ⁵³¹.

Afortunadamente la caída de los individuos que gobernaban a Guatemala dio fin a las negociaciones intervencionistas, concretizándose aquel estado de cosas en el asilo que México otorgó a las autoridades derrocadas, y entre las que se hallaban el presidente y vicepresidente de la república, ministros y diputados que, puestos a bordo del bergantín mexicano *Hidalgo*, desembarcaron en Acapulco después de cuarentiún días de navegación ⁵³².

De aquel asilo que México concedió a los políticos guatemaltecos, no sólo se originaron motivos conflictivos fronterizos en el sur nacional, sino que quedaron fundadas familias mexicanas de ascendencia guatemalteca como las Zea, Beteta, Perdomo, Prado, Vigil, García Granados, Valenzuela, Arbeu y Batres ⁵³³.

Pero no fueron todos los sucesos registrados a partir del destroncamiento bolivariano, de las desuniones centroamericanas, del antiespañolismo continental, especialmente del agresivo mexicano, de las violencias nacionales, los únicos estremecimientos que sacudieron a la república mexicana a los fines de la tercera década del siglo XIX. Una guerra extranjera llamaba a las puertas del país.

⁵²⁹ Ibidem, 525

⁵³⁰ Ibidem

⁵³¹ Ibidem, 529

⁵³² Ibidem, 535

⁵³³ Ibidem, 537-538